EXPOSICIONES

Por Gema Swinburn

GALERIA ISABEL ANINAT
A. de Córdova 3553

ELIANA SIMONETTI, una artista que emerge al acontecer visual de nuestro país con fuerza, nos presenta una acabada investigación plástica, cuyo tema central gira en torno al árbol.

Este es el gran protagonista. El motivo de todo un acabado trabajo que lo ha significado cuatro años de intensivos experimentos. Trabajo que la ha obligado a investigar a fondo la biología e interioridad de este ente que vive. En suma, una obra vulnerable, que va al fondo de la esencia dejando de lado las meras apariencias de fácil consumición.

El montaje de la muestra ha sido previamente estudiado y la separación en parte, concebida para el espacio físico de la Galería.

A la entrada de la muestra, nos encontramos con una serie de pinturas que dan espléndido resalte empírico que Simonetti extrae de la naturaleza. Surgen colores, texturas que evidencian el habitat y entorno que ocupa el árbol. Destacan las interpretaciones de nidos, cortezas y raíces.

Dentro de este mismo "Muro Orgánico" aparece el uso de las texturas. Colocadas sin pretender la ilusión. Las texturas en el caso de "Encarbolado" se convierten, en el símil del vestuario geológico.

Otro ejemplo es "Entre Otros", y "Pareja de Blancos", aquí vez la intención es otra. Las texturas se vacían, más bien pretenden convivir con una serie de pequeños símbolos vitales que nos recuerdan nuestros primigenios orígenes.

Sin embargo, lo que me parece más importante en la obra de Simonetti es la insistencia casi obsesiva del artista que hace de las formas orgánicas. Hallamos una vitalidad que insiste en la búsqueda y sentido de las formas desde su estado de microorganismo y su posterior desarrollo, para luego hacerlas convivir con modelos de representación validos en la historia de la pintura que emerge al paisaje como el gran actor.

La mayoría de estas obras están ejecutadas a la manera de dípticos. En una bella de gran formato, el espectador puede contemplar la naturaleza, su historia, su estructura primaria y de formas orgánicas que tanto le interesan, y que rebasa de diferentes maneras en todo la superficie.

En el rebosante espíritu que emana de estas obras, encontramos una constante interpretación de los árboles. Arboles que se convierten en símbolos totémicos, vale decir, logra interpretar lo que significa el árbol en la cultura de cada pueblo.

Estas realizadas en materiales innovadores y directamente asociados con la elección de elementos recuperables de la naturaleza. Al mismo tiempo, interpreta elementos propios de una sociedad contemporánea. Según el montaje que la propia Eliana Simonetti ha concebido, este conjunto se nos presenta como un collage de formas significativas.

La muestra, ciertamente interesante, acaba de ser inaugurada y estará expuesta al público hasta el 15 de marzo. El horario de visita es de lunes a viernes de 10:30 a 19:00 horas y los sábados hasta las 14:00. VE

Variaciones sobre Temas de Goya

Amigo creciente y exhibida con frecuencia, la obra de Roser Bru nos asombra ahora con lo que aún tiene por decirnos. El testimonio contundente de su obra última (1967-1986) demuestra juventud, tersura, frescura, parejo nivel de calidad global. Alrededor de la personalidad de Goya, de su rebeldía y sus mitos, de sus caprichos y desastres bélicos, gira lo que expone en los espacios amplios de la Sala CTC. Cuadros numerosos, serigrafías y dibujos de la pintura chilena, nacida en Barcelona hace 76 años, dejan ver su maestría en las variaciones a partir de una difícil imaginería. la fuertemente original de uno de los genios del arte universal. Pero Bru no tiene inconvenientes y, seguro de sí misma, consigue convencer a través de sus propias visiones. Podrían enfocar ellas un ángulo peninsular y un tanto unilateral, en lo ideológico, de la España decadente de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. No obstante, sus propuestas sobrepasan semejante limitación y nos entrega transfiguraciones con esa vitalidad actual, que sólo el artista en plena posesión de sus facultades logra alcanzar.

"Goya y las Mujeres", 1986.

En cierto grado resulta posmoderno el aprovechamiento que hace la expositora de la cita artística del pasado. Pero, más importante que eso, es que sabe imponer su expresividad penetrante —mediante el gesto llega a revelar la esquis del personaje— y la personalidad de su factura. Respecto a esta última, cabe admirar la elegancia y agilidad de composición —jamás pesan sus formas, tampoco cuando se trata de grupos complejos. "Goya y las mujeres"—. Asimismo el manejo de escenarios intemporales, abstractos, casi como muro agrietado de la memoria, donde flotan las imágenes; los acordes de color genuinos: grises, amarillos, negros, rosas y rojos. En ocasiones nos sorprende con secuencias de sabor cinematográfico y es las que el chispazo inicial introduce elocuencia particular.

Difícil empresa: Crear, partiendo de una de las imaginerías más fuertes y originales de la historia del arte. A los 76 años de edad, Roser Bru la cumple con gallardía juvenil.

Por Waldemar Sommer

Anotemos ejemplos de lo anterior: el polípticO "Majo y maja", con el intimismo de su gesto, "La parodia de Leocadia", y "Los desastres de la guerra", tríptico que recibe las imágenes de la niñita llorando que, de pie y en actitud de movimiento, no sabe más que de desolación ante el cadáver recién asesinado de su joven madre. Junto a su belleza iconográfica, junto a su tercera tragica, esta pintura se convierte en la interpretación acaso más original del conjunto mostrado.

Más en el Goya rococó que en el romántico parece inspirarse la autora. Ahí están "El rey y la reina" —dos caracteres unidos nada más que por la plástica—, "La de Alba", con la movilidad de sus tres caballos y sus tres manos —agregan éstas hacia el nombre del amado—, el vuelo poético del perrito humanizándose y el par de zapatos que ve, en medio de una coloración no figurativa y exquisita. O la contemporaneidad del célebre pintor, ya envuelto por necesidades terrosas —"Nadie se conoce"—, ya amarillo y con el típico gesto altivo —"Francisco de Goya y Lucientes"—. El antes citado "Goya y las mujeres"— amplio, sin hastíos, casi tapicería— se convierte, además, en un acercamiento sagaz a la época, amalgamando damas de alcurnia, majas y alcahuetes. Feliz resulta, en lo formal, el empleo del soporte textil.

Entre tantos aciertos no faltan, sin duda, unos pocos instantes de debilidad. Recordemos el monigote inerte, blanduzco, que pretende protagonizar "Garrote vil" y el par de figuras un tanto burdas de "¿Qué trabajo en ésas!"; los trazos demasiado confusos del cap. en "El Testimonio de Goya", la palidez corpórea, frente al monumental original, de las tres versiones del fusilado el 3 de mayo. Qué diferencia la de estas obras con la fortaleza arcaizante de esa imagen de la desesperación, que es "Haber nacido en otra parte". Asimismo, cierto asomo de rutina se da a través del personaje de Doña Sabasa.

Trece serigrafías intervenidas —los manuscritos sobre el vidrio de las víctimas se integran por entero a cada obra— y 13 dibujos grandes, con interesante integración del fondo blanco, también forman parte del aporte más reciente de Bru en la CTC. Franjas pegadas en estos últimos concurren tanto para afirmar la solidez de cuerpos, como para atravesar el espacio, portando toques de rojo que aparentan gotas de sangre.

Un especial concurso

Una serie de etapas selectivas, desconocidas hasta hoy en nuestro medio, ha otorgado un especial sello de seriedad profesional al primer Concurso Johnnie Walker en nuestro país. Sus resultados pueden apreciarse, discutirse, admirarse en el hall central del Museo Nacional de Bellas Artes. Curiosamente, se torna estrecho el recinto para exhibir las 40 realizaciones seleccionadas. Si bien el conjunto mantiene un buen nivel de calidad general, los filtros no parecen haber bastado para dejar afuera algunos productos sin interés de firmantes desconocidos o no. Empecemos el comentario con los participantes premiados.

Un esmerado y peculiar concurso toma, también en Chile, el pulso a nuestras artes visuales. Sus resultados ofrecen un buen nivel global de calidad.

Dos de ellos merecían de sobra el galardón. En primer término, Carlos Montes de Oca. Su tríptico de cajas hexagonales alargadas —con algo de ataúd— encierra palabras y objetos flamantes, como ready made de Duchamp. La limpidez casi aluciante de la factura, su composición maestra, el sensorial enfrentamiento de materiales, el lírico y rico sentido conceptual, la belleza formal conseguida se imponen, sugerentes, en el ánimo del espectador.

La propuesta audaz de Josefina Fontecilla, la simplicidad del genuino procedimiento, su fuerte proyección rememorativa, tenían que impresionar al jurado. Además, su obra se encuentra avalada por un grupo de ejecuciones anteriores de igual clase —aquí, notable hallazgo, el del corte degollado de una de las siluetas oscuras—. En cambio, pese a estar bien pintado, el lienzo de Catalina Prado se ve sobrepasado por otras pinturas sayas de tiempos más o menos recientes. Es que su presente color dorado no se refina lo suficiente en su contacto con los grises. Por eso encontramos con mejores merecimientos de distinción las ejecuciones de Rainer Krause y de María José Ríos.

El armonioso collage del primero nos habla a través del diálogo entre superficies de aspereza oscura y tenue luz sedosa —el par de ampolletas—, a través del manejo bermoso de cartones de embalaje —evocan cierto Rauschenberg visto en Santiago—. Ríos, por su parte, muestra en su pintura escultórica un impetu formal, una fresca vitalidad, capaces de cuajar un acorde abstracto, cuyos ingredientes destellan utilerías de textura y de color. Otro concursante atractivo resulta ser Malu Stewart. El espíritu de Stonehenge impregna cada uno de los miembros de su cuadriculado juego no figurativo.

De los pintores con amplia trayectoria presentes destacan, indudablemente, Samy Benmayor y sus vuelos iconográficos; Germán Arestizábal, con la unidad visual de su mundo maravillosa; Carolina Edwards, con sus blancos elocuentes y su abstracción bien disciplinada e intensa; el ayer y el hoy norteamericano de Alejandro Quiroga; Sebastián Guerrero y su recorrido por regiones del país y el nuevo Cristián Maramblo. Autores menos conocidos hacen valer también méritos: Oscar Concha y Josefina Guilisasti —linda figura reconocible, acaso sofocada por la geometría de elementales planos de construcción—.

En cuanto a cierto número de los demás participantes, unos aportan, esta vez, trabajos por debajo de su nivel cualitativo acostumbrado; otros todavía no consiguen reconquistar la creatividad interesante de tiempos mejores. Sin embargo, en el grupo de los nombres desconocidos emergen artistas promisorios: Sebastián Preece, Pablo Schalscha, Guillermo Merche, María Pía Sierra, María Paz García. Por desgracia, el espacio no nos deja dar razones de ello. VE